

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

**Dominica 18 despues de Pentecostés.**

*Surge, tolle lectum  
tuum et vade in do-  
mum tuam.*

MATTH, IX, 6.

Levántate, toma tu  
lecho, y vete á tu  
casa.

Está escrito que donde está Jesús, están con él todos los bienes y que allí derrama sus gracias y beneficios, donde encuentra corazones humildes y agradecidos. Però tambien está escrito que Jesús se vá de los pueblos que se revelan contra su ley y abandona las almas que menosprecian sus gracias, llevando sus luces y beneficios á donde serán objeto de mayor estimacion y aprovechamiento. Rechazado por los Serasenos, entró en un barco, pasó á la otra ribera, y se fué á su ciudad. Y hé aqui le presen-

taron un paralítico, postrado en un lecho. Y viendo Jesús la fé de ellos, dijo al paralítico: Hijo ten confianza, que perdonados te son tus pecados.

Habia dicho Jesús palabra de inefable consuelo para el doliente, y se mostraba investido de aquella potestad que le era propia como Hijo de Dios; pero los fariseos que expiaban con dañada intencion las acciones y palabras del Salvador, decian dentro de sí: Este blasfema. Conoció Jesús los pensamientos de sus enemigos, y les dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil, decir: Perdonados te son tus pecados: ó decir: levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra para perdonar pecados, dijo entonces al paralítico: Le-

vántate, toma tu lecho, y véte á tu casa. Y levantóse, y fué á su casa. Y cuando las gentes vieron el milagro, temieron y loaron á Dios, que dió tal potestad á los hombres.

Admirad vosotros la dignacion amorosa de Jesucristo Hijo de Dios que vino del cielo á la tierra, y se hizo hombre, y concedió á los hombres la potestad de perdonar vuestros pecados, y de sanar las contriciones de vuestro corazon. Load á Dios que nos amó hasta el punto de darnos á su propio Hijo, para que creyendo su doctrina y cumpliendo su ley, sellada con su misma sangre, no perezamos sino que alcancemos luces divinas, consuelos inefables y dichas eternas.

Jesucristo vive en la Iglesia, y en ella y por ella ejerce la potestad de iluminar, de perdonar, y de salvar á los que viven como de asiento en las tinieblas del pecado y en las sombras de la muerte. Que venga Jesús á la mística ciudad de vuestra alma, y sereis colmados de la abundancia de sus gracias; pero sabed, hermanos míos, que para merecer las visitas de este afamado médico de nuestras almas, hemos de tener fé, confianza y docilidad, como intento demostrar para gloria de Dios y para

vuestra salud espiritual con la sencilla exposicion del texto evangélico.

—

Admiremos las bondades de Jesucristo, y contemplando sus obras maravillosas con el ojo limpio de la fé, rindamos á Dios tributo de gratitud en forma de alabanza, pues somos testigos de mayores prodigios y deudores de gracias más preciosas y abundantes que no lo fueron las turbas del Evangelio.

Estudiemos en las obras humanas de Jesucristo los divinos misterios que encierran y en las cosas visibles que su vida mortal ofrece á nuestra contemplacion procuremos descubrir las riquezas del orden sobrenatural y divino que constituyen nuestra herencia como hijos de Dios y coherederos con Cristo por la gracia de adopcion en cuya virtud llamamos á Dios *Padre nuestro*, y á su Hijo, nuestro hermano mayor, el primogénito entre los hermanos.

Subió, pues, á un barco, y pasó á la otra parte y vino á su ciudad. En otro tiempo mandó Jesús al mar que diese camino sólido y seguro al pueblo de Israel y los Israelitas pasaron á pié enjuto entre dos montañas de agua que cayendo después sobre los ejér-

citos de Faraon, sepultaron en sus abismos al caballo y al caballero. En otra ocasion paseábase sobre las movedizas aguas del mar de Tiberiades y el mar y los vientos le obedecian sumisos. Pues ¿cómo ahora se vale de un barco para surcar las aguas del mar? Embarcóse, dice el texto sagrado, y pasó á la otra parte. No es maravilla, expone San Pedro Crisólogo, que Jesucristo se someta á las exigencias de nuestra naturaleza. Ha venido á tomar nuestras enfermedades para darnos sus virtudes, á buscar las cosas humanas para darnos las divinas, á sufrir nuestros dolores para comunicarnos sus consuelos, á cargar con la cruz de nuestras humillaciones para allanar el camino de la exaltacion y de la gloria. Este es buen médico que sabe lo que son padecer, que se compadece de la miseria, y se la apropia, se baja al que sufre y sufre con él. Este es el médico que esperaba la humanidad, médico sapientísimo, poderosísimo que conoce todos nuestros males, y posee las únicas medicinas que pueden curarlos, que tiene un corazon lleno de ternura, y ha comprendido que el mejor medio de curar nuestras dolencias, era sufrirlas él mismo, dándonos ejemplo de

paciencia. No digais que es debilidad, ó impotencia, el acto de embarcarse para pasar á la otra parte del mar. Es el Hombre-Dios, y ora nos muestra su divinidad, dominando las tempestades, ora su humanidad, haciéndose semejante en todas las cosas á sus hermanos. *Ascendit in naviculam et transfretavit et venit in civitatem suam.*

El que hizo el orbe de la tierra y tiene por trono la inmensidad, siendo Dios, se anonadó hasta tomar la forma de siervo, se hizo semejante á nosotros, tuvo por pátria un rincon de la Judea, se sometió á las leyes de su país, y le honró con su cariño, con sus milagros y beneficios. El Señor del Universo dice San Pedro Crisólogo, tomando nuestra carne, comenzó á tener pátria humana, tuvo padres humanos, quiso ser ciudadano del reino judáico para santificar el poder y la obediencia, para desterrar la tirania y la rebelion, para unir con amorosa lazada los corazones, para dignificar todos los afectos, y hacer de los hombres que andaban dispersos una sola familia bajo la mirada de un mismo Padre que todo lo gobierna con sabiduria y fortaleza desde los altos cielos. *Creator rerum orbis Dominus, postquam se propter nos*

*nostra angustiavit in carne cepit habere humanam patriam, cepit civitatis judaicæ esse civis, parentes habere [cepit: ut invitaret amor, attraheret charitas, vinciret affectio suaderet humanitas, quos fugerat dominatio, metus disperserat, fecerat vis potestatis extorres (1).*

Vino, pues, Jesús á su ciudad, no á la ciudad donde habia nacido que es Belea, ni á Nazareth donde se crió, sino á Cafarnaun donde habitó largo tiempo, *in civitatem suam*, á la ciudad que fué testigo de sus maravillas, que era objeto de su predileccion y de sus frecuentes visitas. Así nos enseña á honrar nuestra pátria, á mirar con verdadero cariño el lugar bajo cuyo cielo nacimos, la tierra donde recibimos educacion, honras, colocacion y bienestar, donde ejercemos profesion, cargo, ú oficio, donde se levanta nuestro hogar, nuestro templo, y el sagrado recinto que guarda los venerados restos de nuestros padres. La fé católica purifica y ennoblece todos los sentimientos, y engendra las acciones más nobles y generosas. En los pueblos donde florece la fé y se rinde culto á las tradiciones católicas, se mantiene vivo é inquebrantable el sentimiento de la dignidad, y arde con viva llama el amor á la pátria, madre

comun santificada por la bendicion de Dios y de la Iglesia. Los católicos guardan en su corazón, junto con el fuego sacro de la fé, el fuego del patriotismo, y son los mejores patriotas aunque no se llamen patriotas. Aman á su pátria, la honran, y se sacrifican por ella, fija la mirada en el cielo, donde está la verdadera pátria del cristiano. Obran conforme al eterno modelo, Jesucristo nuestro Señor que nos dió lecciones y ejemplos de todas las virtudes, hasta de las cívicas y patrióticas, mirando con predileccion á Cafarnaun, su pátria adoptiva, honrándola con sus visitas misericordiosas y con las maravillas de su poder y de su caridad. Llegado que hubo á su ciudad, sucedió lo que tantas veces refiere el Evangelio; que como era tanta su fama y tan admirada su doctrina, corrian las gentes á conocerle y contemplarle, se apiñaban en torno suyo las muchedumbres, y los enfermos, los ciegos, los paralíticos, los ancianos no podian acercarse al hombre extraordinario que curaba á los dolientes y daba vida á los muertos. Habia un paralítico que no podia presentarse él á Jesús, ni tampoco podian sus amigos pe-

(1) S. Pet Chrysol. Serm. 50.

netrar con la camilla en la casa donde estaba el Salvador. Pero la fé hace maravillas. Los favorecedores del paralítico suben al terrado de la casa (1), descubren una parte de él, y por la abertura descuelgan la camilla y al paralítico con ella, y así lograron presentarle al médico de su cuerpo y de su alma. Viendo Jesús la fé de ellos, dice al paralítico: «Confía, hijo, tus pecados te son perdonados.» Aquel infeliz era paralítico de alma y de cuerpo. ¿Qué es el pecado sino la parálisis del espíritu? No puede moverse el pecador por sí mismo, no puede dar un paso en el camino del bien, ni pensar, ni desear siquiera su curación espiritual sin el auxilio de la gracia. ¿Y no es la culpa raíz ponzoña de muchas dolencias, causa y origen de graves trastornos en la salud corporal y de profundas heridas que aceleran la muerte? Esto signi-

(1) Las casas de los Orientales son muy bajas, y sin divisiones de altos. Tenían terrados, á donde se subía por una escalera para tomar el fresco á horas competentes en el estío. En medio de la plataforma había una abertura cerrada con una trampa, y al rededor de esta una balaustrada: se abría la trampa para dar luz y aire al aposento que estaba debajo: y que se cerraba cuando el sol era muy ardiente. ó para impedir que la lluvia penetrase en las habitaciones. (Not. de Scio.)

fica la conducta del Salvador con el paralítico. Sana primero el espíritu para dar luego movimiento, y agilidad al cuerpo del doliente. Destruye el pecado que es la raíz para destruir el fruto que es la parálisis. Cura primero la enfermedad moral para curar después la dolencia física. Perdona primero el pecado que es lo más, para curar luego la parálisis que es lo menos.

Los fariseos oyeron las palabras de Jesús, y dijeron en su corazón: Este blasfema. Nadie puede perdonar los pecados sino Dios. El que se atribuye tal potestad, es un blasfemo. Luego este que ha dicho: Perdonados son tus pecados es un blasfemo. Los fariseos discurrían bien en el supuesto de que Jesús hubiera sido un hombre y nada más que un hombre. Porque solo Dios perdona los pecados, y el que se atribuye esta potestad sin haberla recibido de Dios, incurre en la nota de blasfemo. Pero Jesús había probado su divinidad con maravillas y prodigios, y por consiguiente si el raciocinio de los fariseos era lógico en sí mismo, era impropcedente, tratándose de Jesús que se había mostrado poderoso en obras y palabras, Señor de los vientos y de las tempestades, de la vida y de la muer-

te, Dios de Dios, verdadero Dios, Hijo eterno de Dios verdadero, investido de los divinos poderes y venido á la tierra á perdonar los pecados. Conoció Jesús los pensamientos de sus enemigos, lo cual es propio de solo Dios ante cuyos ojos están abiertos y patentes los corazones, y les dijo: ¿Porqué abrigais malos pensamientos? ¿Qué teneis por cosa mas fácil, decir: te son perdonados los pecados, ó decir al paralítico: levántate, y anda? ¿Qué teneis por mas excelente la potestad de perdonar culpas, ó la de sanar enfermos? Pues bien, para que sepais que el Hijo del Hombre tiene potestad de perdonar los pecados, dice al paralítico: levántate, toma tu camilla; y anda, y véte á tu casa. El paralítico se levantó, cargó con su camilla, y se fué á su casa. Y las gentes, cuando le vieron curado, se llenaron de asombro y glorificaron á Dios. El milagro está hecho; á la voz de Jesús se levanta el paciente, se mueve con agilidad, vá á su casa, queda sano, ya no es paralítico el hombre descolgado desde la azotea en el lecho donde yacia. En cambio son paralíticos de corazón y de cabeza los fariseos y los incrédulos; son paralíticos los que no creen en Jesucristo y en la potestad conferi-

da á su Iglesia para perdonar los pecados; son paralíticos los que solo confian en su poder, y rechazan las medicinas de la redención. ¿Sois vosotros del número de los que padecen esa fatal parálisis? Pues no sanareis sino os humillais; no hay salud para el que resiste ser curado. Conoced vuestra dolencia, confesadla, buscad el remedio de todas maneras, dejándoos llevar por buenos consejeros, por amigos discretos y celosos, y así diligentes y humillados á los pies de Jesucristo, él os dirá como al paralítico: Tened confianza, hijos míos, os son perdonados vuestros pecados. Levantaos de vuestra postracion, andad por los caminos de la virtud, que son rectos y seguros, llegareis felizmente á vuestra casa, á la casa de vuestro Padre donde sereis bienaventurados por toda la eternidad, Amen.

—

EL DESGRACIADO FELIZ

*y el feliz desgraciado.*

—

¡Desgraciado!

Así exclamó el mundo al verle cubierto de sudor y ganando con sus propias manos el pan de su mujer y sus hijos.

No tiene casa propia.

Su ajuar, pobre y miserable ha quedado muy reducido despues del último invierno.

De su cotidiano trabajo pende que su familia tenga ó no que llevar á la boca, Encorvado bajo el peso de su industria, pasa los días.

Ninguna interrupcion para una vida tal.

Siempre en aumento el sufrimiento, siempre en progresion creciente el trabajo.

Este es el hombre á quien el mundo llama desgraciado, miserable, etc.

Y sin embargo, aquel hombre es feliz.

Su conciencia tranquila, no le atormenta ni quita el sueño, dejándole percibir en medio de la noche de este mundo el faro luminoso de la verdad.

Rendido su cuerpo por el trabajo, llega de noche á su casa, viéndose al punto rodeado de una mujer y de unos hijos á quienes ama y de quienes es correspondido.

El encuentra en el seno del hogar la alegría, el lenitivo á sus trabajos.

Su ajuar es pobre, ya lo hemos dicho; pero pendiente de un clavo se vé un crucifijo... en esta casa hay fé.

Ese es el secreto de su felicidad. La fé hace ver en este mundo solamente un tránsito para otra vida.

Llegará la hora última, y este padre que no puede dejar á su mujer riquezas, le dejará hijos honrados, que la cuiden y la consuelen.

Llegará el último momento, y como hombre que tiene conciencia de haber cumplido con su deber, espirará tranquilo, rodeado de sus hijos, á quienes en el ejemplo de su vida deja la mas grande de las fortunas.

Este es el hombre feliz, á quien necio el mundo llama desgraciado.

¿Le veis? Montado en lujosa carretela va luciendo su vanidad por doquier.

¡Tiene millones! es la frase del vulgo al verle pasar.

¡Es feliz! ¡es dichoso! dice en su superficial juicio el mundo.

La tertulia, el café, el teatro, el casino... hé aquí el círculo de accion de este ser envidiado.

Ese ser, empero, es desgraciado, en su pecho arden las pasiones que le atormentan, sin poderlas saciar; su corazón está seco y su alma no es mas que un resorte encargado de poner en movimiento sus órganos.

El no ama ni es amado, y sin embargo vive en compañía de una mujer, á quien dió su nombre ante el altar.

Era rica y era rico y.... se casaron.

Sus hijos toman el ejemplo que con su vida les dá, y sus capitales, aunque grandes, van mermando.

Un día, la idea del lucro le lleva al juego y pierde.

La idea de rescatar lo perdido le arrastra otra vez al garito.... pero vuelve á perder.

Su fortuna va desapareciendo cada noche de juego, su cuerpo se va enervando con las enfermedades que sus vicios han provocado y su alma se siente agostada.

El hastío, el cansancio, el horror á la pobreza.... todo, todo se junta y le atormentan furiosamente.

Es un hombre que muere en vida.

Un día se encierra en su habitación y escribe unas cartas.

Luego prepara un revolver y se sienta. Hecha una mirada á un montón de dinero, porque es su dios, porque no tiene otra fé.

Una detonación pone la casa en movimiento, y el cuadro mas aterrador se presenta á la vista de su mujer y de sus hijos, que acuden en tropel.

Sobre una butaca está un hombre ensangrentado, que en el estertor de la agonia aprieta en una mano un revolver y en la otra, algunas monedas de.....

Ha muerto, se ha suicidado, dejando á su familia sumida en la miseria.

Y á este hombre desgraciado, llama el mundo feliz.

AMADOR MONTENEGRO.

## VARIETADES

Conocidos son los mil medios de que la impiedad se vale en Francia para romper la niñez: escuelas ateas, supresión del catecismo, batallones escolares, prensa pornográfica para uso de los colegios, etc. Empiezan á recogerse los frutos de tal educación: los consigna un periódico republicano y clerófobo, por mas señas, de París; *Lé petit journal*. He aquí la estadística de suicidios que publica este periódico:

«En poco tiempo el número de suicidas menores de diez y seis años ha subido de 2.335 á 5.579 para los niños y de 418 á 908 para las niñas.»

«De 16 á 20 años, en que las pasiones se desencadenan, el número de suicidas ha aumentado en los muchachos de 5.933 á 20.480, el cuádruplo, y en las niñas, de 1.046 á 2.839, el triple.»

Muy retrógrado será quien, al examinar estas cifras, niegue que la civilización moderna progresa vertiginosamente.

## MELODÍAS DEL ALMA.

Bajo un ciprés crece un lirio.  
Cabe una losa de mármol,  
Que el cuerpo de un niño oculta,  
De un ángel de solo un año.

De un ángel de solo un año,  
Cuyo candor y pureza  
Han hecho brotar del suelo  
El lirio de la inocencia!

Soné que me habia muerto,  
Y al sepulcro me llevaban;  
Que ya escuchaba el sonido  
De las fúnebres campanas;  
Y ese son de las campanas  
Me despertó de mi sueño,  
Y al verme aun en el mundo,  
Ay! lloré de sentimiento.

RICARDO ROCHEL. S. J.

